

La zapatera prodigiosa

Federico García Lorca

Edición de Paloma Pedrero



ÍNDICE

9 **Introducción**

- 9 El autor. Algo sobre su vida y su muerte
- 11 Sobre su pensamiento
- 12 *La zapatera prodigiosa* (Farsa violenta en dos actos)
- 13 Origen del prólogo
- 14 Tema, conflicto, personajes
- 18 El argumento de *La zapatera prodigiosa*
- 19 Estructura, trama, o cómo se organizan los hechos que ocurren
- 21 ¿Y por qué la llamó farsa violenta?
- 22 ¿Y cómo es el lenguaje?

25 **La zapatera prodigiosa**

- 27 Prólogo
- 31 Acto primero
- 57 Acto segundo
- 89 Fin de fiesta

95 **Después de la lectura**

- 95 Una farsa violenta y dulce

INTRODUCCIÓN

El autor. Algo sobre su vida y su muerte

Federico, que así le llamaron sus padres, sus colegas y, casi casi, hasta los críticos, nació en un pueblecito de Granada el día 3 de junio de 1898. Nadie nos ha dicho a qué hora, pero suponemos que los astros estaban a tope ese día y en ese momento, porque el niño morenito que vio la luz aquel verano estaba llamado a ser un hombre lleno de alegría e imaginación. Tanta que los que le conocieron dicen que contagiaba risa y poesía; que daban ganas de seguirle allá donde fuera; que era un manantial de versos, personajes y esperanzas. Federico, que era tirando a guapo, chatillo, con las cejas anchas y la boca dibujada, tenía la energía de un volcán de sueños, y aunque disfrutaba mucho de la vida, a veces sus ojos reflejaban sombras. Porque las sombras, como sabéis, son parte de todo aquel que se pregunta el porqué de las cosas, y de las cositas, y de las cositillas del mundo. Así que nuestro dramaturgo era blanco, pero también azul y negro. Y se cansaba y amanecía.

Cuando tuvo edad se fue a la Universidad de Granada y se licenció en Derecho. ¿Le importaban las leyes a Federico o fue más bien eso de satisfacer a los padres? Después, más en sí mismo, estudió también Filosofía y Letras. Sin dejar atrás el dibujo y el piano, que, por cierto, se le daban de maravilla.

Desde muy joven comenzó a hacer teatro, representando obras infantiles en un teatrillo de marionetas, donde empezó ya a crear per-

sonajes, diálogos, canciones y conflictos. Porque debéis saber que la poesía dramática, las obras de teatro, se basan en el conflicto. Ese que se da cuando uno tiene un deseo muy grande y no lo puede conseguir. O cuando uno tiene un deseo muy grande que otro también tiene y ambos luchan por conseguir el mismo deseo, que sólo puede ser para uno de los dos. O cuando alguien quiere algo que no tiene y no consigue darse cuenta de que lo que tiene es bueno, casi mejor. Como la obra que os presento, esta de *La zapatera prodigiosa*, que es una chica de dieciocho años que está casada con un hombre mayor del que no está enamorada. Quizá porque está demasiado cerca de ella, y ella necesita tener ilusiones, cosas que para que existan no pueden estar tan cerca.

Pero bueno, a lo que íbamos, que nuestro autor enseguida empezó a crear personajes e historias, y allá por 1920 se fue a vivir a Madrid, donde había más movida teatral y poética. En 1929 viajó a Estados Unidos y a Cuba, donde no paró de vivir y de escribir, que, estoy segura, para Federico eran lo mismo. Unos años más tarde, en 1932, el Ministerio de Educación (qué dos palabras más fuera de lugar, ¿verdad?) le confió la dirección de «La Barraca», un grupo de teatro formado por estudiantes, que representaban teatro clásico por todos los pueblos y ciudades de España. En esta compañía ambulante, Federico dirigía las obras y, supongo que como todos los «teatros» de pura raza, cargaba y descargaba escenografías, dirigía los focos de luz, pintaba bártulos para el escenario y, cómo no, algún que otro colorete en las mejillas de los actores. Que en el teatro los artistas han de hacer de todo para que el espectáculo nazca guapo.

En 1933 y 1934 estuvo en Argentina con la Compañía de Margarita Xirgu, una grandísima actriz con la que Federico aprendió mucho e hizo hermosas y modernas puestas en escena de sus obras, entre ellas esta de *La zapatera...*

Una vez en España, nuestro poeta y dramaturgo siguió viviendo y escribiendo con la exigencia que le imponía su alma. Hizo teatro, dio conferencias y recitales de poesía, se relacionó con otros escritores de su edad, a los que luego llamaron la Generación del 27, se metió en el fango y se bañó con rosas. Federico García Lorca vivió a tope lo que le dejaron vivir. En agosto de 1936, por asuntos de hombres que creen en las guerras y en que sólo ha de haber un pen-

samiento, el propio para más señas, lo fusilaron junto la carretera de Granada a Víznar. Con treinta y ocho años recién cumplidos, que ya veréis lo poco que son cuando los tengáis, hombres sin conciencia nos mataron al hombre con conciencia. Al poeta. Al que vivió para mostrar al mundo cómo se puede transformar lo peor en lo mejor. Para hacer de lo vulgar belleza.

Gracias a todos los cielos, si es que existen muchos, Federico nos dejó sus obras. Muchas obras para lo joven que le mandaron al cielo, si es que existe el cielo.

Aquí, ahora, vais a leer una de ellas: *La zapatera prodigiosa*, una farsa violenta, que, decía él, es como un milagro de gritos verdes y pájaros carpinteros. Una gozada de obra, de verdad. Dentro de unas líneas os hablaré de ella.

Sobre su pensamiento

¿Sabéis dónde mejor se encuentra el pensamiento de un autor? En sus obras. Pero no en lo que dice con palabras, no en lo que parlamentan sus personajes, que a veces mienten, sino en lo que hacen, en lo que callan, en cómo se conmueven y caen. O se levantan, o se desgarran, o cantan. El pensamiento del autor está en el aire que deja la farsa o la tragedia, la comedia o el drama; está en ese aliento que respiramos cuando la leemos, o la vemos en el escenario y que, luego, cuando termina la función, nos acompaña a casa y se nos queda impregnando los recovecos de la mente y del corazón. A veces sin palabras. Sólo como el aire o el agua.

García Lorca nos ha dejado un teatro llenísimo de ese aire y esa agua. Porque él estaba empeñado en hablar de la vida de verdad, de esa realidad que no todos podemos ver pero que está ahí delante de nuestros ojos, y que es la realidad mágica del arte. Como él tenía los ojos muy abiertos, y el corazón también, se dedicó a mirar a la gente corriente, a la gente del pueblo, y a mostrarnos la esencia de sus sentimientos. Y resulta, veréis, que Federico veía dolor, pero también colores. Y veía horror, pero también música. Y veía la muerte, pero también el amor. Y veía a la gente matarse por nada, pero él les ponía un caballo blanquísimo debajo del trasero. El pensamiento de García